

MISCELANEA CICERONIANA

1.—El «*De re publica*» de Cicerón

*A propósito de la cuarta edición de K. Ziegler*¹

No es aventurado afirmar que el Autor de esta edición es uno de los que mejor conocen esta obra de Cicerón. Desde hace medio siglo viene dedicando al *De re publica* parte de sus desvelos. Puesto a preparar una nueva edición crítica, no se limitó a recoger los resultados que nos legara el sabio y afortunado jesuita, P. Angelo Mai, después del hallazgo de esta obra perdida, en sus tres sucesivas ediciones de 1822, 1828 y 1846. Ni tuvo bastante con el estudio y examen de las múltiples ediciones que siguieron a la edición príncipe de Mai. Efectivamente estas ediciones se fueron multiplicando de una manera prodigiosa a lo largo de todo el siglo pasado. Sin pretender, ni con mucho, una enumeración completa, baste recordar aquí las ediciones de F. Heinrich (Bonn, 1823, 1828), F. Steinacker (Leipzig 1823), A. F. Willemain (Paris, 1823, 1859), G. H. Moserand-F. Creuzer (Frankfurt 1826), C. Zell (Stuttgart, 1827), F. Osann (Göttingen, 1847), A. C. G. de Mancy (Paris, 1870), E. Charles (Paris, 1874). Y esto sin contar la incorporación del *De re publica* al *Corpus Ciceronianum* en ediciones como la de Orelli (Zürich, 1826-1838), Orelli-Baiter-Halm (Zürich, 1845-1862, A. Nobbe (Leipzig, 1827, 1849, 1869), y W. Müller (Leipzig, Teubner, 1878).

Ziegler quiso hacer obra personal, y, aunque conocedor del esfuerzo y buenos resultados de la labor llevada a cabo por sus predecesores, no dudó en lanzarse a la tarea abrumadora de una investigación directa y a fondo del famoso palimpsesto vaticano, único testigo por donde nos ha llegado, al menos, hasta ahora, el texto de esta importante obra ciceroniana. Sus primeros trabajos datan del año 1906, cuando, como colaborador de Fr. Skutsch, se puso a estudiar directamente en el texto del códice

¹ M. TULLI CICERONIS / *De Re Publica* / librorum sex quae manserunt / quartum recognovit / K. ZIEGLER / Accedit tabula / Lipsiae in aedibus B. G. Teubneri MCMLVIII; «Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana», pp. XLVI-147.

«Helmántica», 30 (1958).

ciceroniano las citas y reminiscencias de Ennio. En 1914, enfrascado de lleno en la edición crítica del *De re publica*, vuelve otra vez a Roma y de nuevo se pone a examinar despacio el palimpsesto vaticano. Premio de su paciente labor, fué su primera edición del *De re publica*. Apareció en 1915, iniciada ya la primera guerra mundial, en la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*, la más acreditada colección de autores griegos y latinos. A esta primera edición siguió la segunda en 1929, que no es en realidad más que una reedición fotocopiada de la primera. No hace todavía muchos años, en 1955, después del colapso de la segunda guerra mundial, se publica la tercera edición; y ahora, a tres años de distancia, en pleno bimilenario ciceroniano, acaba de aparecer la cuarta, fundamentalmente coincidente con la tercera, si se exceptúa alguna nueva aportación bibliográfica.

Gracias a la meritoria labor llevada a cabo por la Escuela Americana de Roma podemos hoy disponer de una buena reproducción del Cod. Vat. lat. 5757, «The palimpsest of Cicero's *de re publica*» (New York 1908), con introducción y transcripción directa preparada cuidadosamente por Albert William Van Buren. Más tarde Juan Mercati, prefecto de la Biblioteca Vaticana, publicó el *M. Tullii Ciceronis «De re publica» libri e codice rescripto Vaticano Latino 5757* (Roma 1934), magnífica edición que se hacía imprescindible por el estado lamentable en que había quedado el código original, efecto de las reacciones químicas a que fué sometido por Angelo Mai para su desciframiento. Ahora no es preciso ya trasladarse a Roma para estudiar directamente el texto de esta obra de Cicerón, que tan crecido interés ha ido despertando en lo que va de siglo, a juzgar por las muchas ediciones que se han ido sucediendo y la cantidad de estudios y monografías que van apareciendo sobre los problemas con ella relacionados. Pocos habrá tan enterados de ello como el Dr. Ziegler. Sus últimas ediciones del *De re publica* son una prueba fehaciente. Ciertamente que una edición crítica de una obra de Cicerón como ésta, con una tradición manuscrita reducida a un sólo código, se presenta a primera vista como tarea muy fácil; pero si se tiene en cuenta las condiciones poco halagüeñas del código, los problemas de ordenación y de interpretación que ofrecen las hojas de un palimpsesto, la complicación de un texto lleno de lagunas sin un hilo seguro que nos permita hilvanar con garantía de éxito los diferentes fragmentos diseminados, se verá cómo, aun después de la nunca bien ponderada labor del afortunado Mai, ha tenido todavía mucho que hacer el Prof. Ziegler, tanto en su primera edición, como en estas últimas.

No podemos seguir paso a paso todo el proceso de las investigaciones del Autor de esta edición crítica; pero, con solo leer sosegadamente la introducción y confrontar el aparato crítico, junto con los cambios introducidos en algunos pasajes y más que todo la nueva ordenación de algunos fragmentos, es fácil llegar al convencimiento de que la tarea llevada a cabo por Ziegler, no ha sido ni ligera ni rápida, sino lenta y profunda. Ziegler se siente satisfecho de ello, y más cuando, después de volver una

y otra vez sobre el códice, advierte la duplicidad de amanuenses y lo registra alborozado, lleno de admiración al ver cómo un hecho tan fundamental ha podido pasar desapercibido a tantos doctos paleógrafos como antes de él han manejado el códice vaticano. El hecho es seguro. Lo delata la caligrafía y la ortografía y, además, el doble sistema de abreviaturas y ligaciones. El uno, por ejemplo, escribe *qum* y el otro *cum*. Este dato es importante y permite al crítico moverse con alguna mayor libertad en la fijación del texto, de acuerdo con la práctica seguida en otras obras de Cicerón y constatada en códices más autorizados.

En el prólogo, después de hacernos la historia de sus predecesores para la fijación del texto y la descripción del códice, analiza Ziegler las pruebas de la duplicidad de amanuenses, pasa luego a detallar las correcciones que se imponen y, antes de entrar en el estudio de la recensión del «Somnium», presenta y examina cinco páginas transcritas del famoso palimpsesto. Termina, como lo hacen casi todas las ediciones, desde la edición príncipe de A. Mai con una serie de testimonios antiguos a favor del *De re publica*; luego viene la caracterización de cada uno de los personajes del diálogo y por fin, como dato interesante, una larga lista bibliográfica de lo mejor y más actual que sobre esta importante obra de Cicerón se ha publicado hasta el presente.

El texto, cuidadosamente editado, según las normas metodológicas dictadas para ello, lleva en letra cursiva las citas de diferentes autores, merced a las cuales se han podido ir rellenando muchas de las lagunas del único testigo que tenemos de tradición directa. Por ellas se ve el aprecio en que fué tenida esta obra de Cicerón por autores como Lactancio, Ambrosio, Agustín.

El aparato crítico, aunque naturalmente no muy extenso, es valioso por recoger en él el resultado de muchos trabajos de crítica textual aparecidos en diferentes revistas y obras, registradas anteriormente en la bibliografía. En dicho aparato crítico están refundidas varias disquisiciones del propio Ziegler, publicadas en «Hermes» 51 (1916) 261; 66 (1931) 268; 85 (1957). Tiene además otro mérito el aparato crítico de esta edición, y es el presentar las variantes con transcripción paleográfica, lo cual honra por igual al Autor y a la casa editora.

En definitiva, Ziegler nos ha deparado una edición modelo del *De re publica*, a la que se reconocen directa o indirectamente deudores cuantos se han visto en el trance de reeditar o estudiar esta obra, calificada por el propio Cicerón como «spissum sane opus et operosum» (Ad Q. II, 12, 1). La deuda con Ziegler aumentaría si, junto con la edición crítica, él se decidiera a dejarnos unos amplios comentarios, fruto maduro de tanto como él ha leído y pensado acerca del *De re publica*.

2.—El «*De finibus*» della Nuova Italia

A un ritmo bastante considerable, la editorial «La Nuova Italia» de Florencia, va incrementando su colección escolar de Clásicos Griegos y Latinos. En pocos años ha rebasado la cifra respetable de cincuenta volúmenes; de los cuales trece al menos están dedicados a Cicerón. Años atrás reseñamos ya en esta misma revista, 3 (1932) 363, el tomo correspondiente al *De re publica*, con introducción y notas de L. Ferrero. Ahora, dentro ya del bimilenario de Cicerón, la editorial florentina nos ha brindado, entre otros, el *De finibus bonorum et malorum*, preparado por Nino Marinore, según el texto de la edición teubneriana de Schiche, y provisto de introducción, comentario e índices, de conformidad con los fines y normas de esta colección destinada preferentemente a la Escuela Italiana.

El carácter fundamentalmente filosófico de la obra del *De finibus*, servirá para dar a conocer más y más esta faceta tan importante y tan olvidada de Cicerón. La obra, escrita el año 45, consta de cinco libros, en los que se estudia en forma de diálogo el problema del supremo bien del hombre. En el primer diálogo, Torcuato defiende la doctrina de los epicúreos sobre esta materia, estableciendo como base suprema de la felicidad humana la consecución del placer y la privación del dolor. Contra esta tesis el alma noble de su Autor reacciona y dice: «A mí me parece que la Naturaleza nos engendró para cosas más altas» (I, 23). Es el *ad majora natus sum* que tanto repetirán los escritores cristianos. Después M. Catón, en un segundo diálogo, expone la doctrina estoica sobre el tema: la virtud y la moralidad es base del sumo bien; digresión sobre las pasiones; las cosas, la sociedad, la política a la luz de los principios de esta filosofía; retrato del verdadero sabio. Por fin en un tercer diálogo, M. Pupio Pisón expone los diferentes sistemas sobre la esencia del supremo bien a partir de Carnéades y trata de defender como más aceptable la tesis de los académicos y peripatéticos bajo la orientación de Antíoco.

Esta obra de Cicerón contiene un caudal inmenso de noticias filosóficas, que el Autor no pudo improvisar. Bien podemos suponer que, con las notas o apuntes personales que a lo largo de sus lecturas iría tomando o haciéndolas tomar a alguno de sus amanuenses, Cicerón se pondría a redactarla. Así se explica la rapidez con que llevó a cabo esta larga y densa obra, y así también cobra sentido aquel pasaje de una de sus cartas de este tiempo a su amigo Atico, que tantos han explotado en desprestigio del propio Cicerón. El texto de la carta parece referirse directamente al *De finibus*. Dice: «De lingua latina securi es animi. Dices, 'Qui talia conscribis? 'Απόγραφα sunt, minore labore fiunt; verba tantum adfero quibus abundo» (Att. 12, 52, 3). ¿Por qué no interpretar este *ἀπόγραφα* en el sentido de transcripción o copia de notas tomadas previamente de otros autores y de apuntes personales sobre un tema que desde tiempo atrás se lleva entre manos, y no, como tantos hacen, en el sentido de una pura traducción o trasposición al

latín de una obra que se tiene delante? ¿Dónde está, en ese caso, la obra de la que Cicerón no es más que un simple traductor o copista? ¿Cómo compaginar entonces el texto de la carta a Atico con lo que nos dice en esta misma obra *De finibus* (1, 2, 6) al puntualizar muy en serio su función de traductor? «Nos non interpretum —dice— fungimur munere, sed tuemur ea, quae dicta sunt ab iis quos probamus; eis que nostrum iudicium et nostrum scribendi ordinem adjungimus». Y poco después, asimismo, añade: «Nam sententias interpretari per facile est; quod quidem ego facerem, nisi plane esse vellem meus. Quid enim negotii est eadem prope verbis iisdem conversa dicere?» De donde se sigue que Cicerón, en sus obras filosóficas, que son las mejores y las de la época de mayor madurez, no se limitaba a una pura transposición o traducción de sus modelos griegos; ponía él a contribución sus dotes personales para sopesar, elaborar y ordenar convenientemente las ideas. Lo declara él abiertamente en varias de sus obras. En las *Tusculanas* (1, 1, 1) dice: «meum semper iudicium fuit omnia nostros aut invenisse per se sapientius quam graecos aut accepta ab illis fecisse meliora, quae quidem digna statuissent, in quibus elaborarent». Y en un pasaje del *De officiis* (1, 2) escribe precisando aún más su método de trabajo: «Sequemur hoc quidem tempore et hac in quaestione potissimum stoicos, non ut interpretes, sed, ut solemus, e fontibus eorum, iudicio arbitrioque nostro, quantum quoquo modo videbitur, hauriemus». Pero ¿a qué multiplicar los textos, cuando sabemos por Plutarco que Cicerón prefería ser tenido por sus amigos más por filósofo que por retórico: μή ῥήτορα καλεῖν αὐτὸν ἀλλὰ φιλόσοφον (PLUT., *Cic.* XXXII, 4). En el mismo sentido podríamos traer aquí otras citas de obras del mismo Cicerón.

Este comentario nos lo ha sugerido la edición del *De finibus*¹ de la colección de «I Classici della Nuova Italia», publicada en pleno bimilenario ciceroniano. Auguramos a esta obra el mismo halagüeño éxito que van teniendo los otros volúmenes de esta colección, algunos de los cuales llegan ya en poco tiempo a la quinta edición. Para el día de su reedición, al comentarista y a la casa editora sólo hacemos un ruego: que no vacilen en rellenar las omisiones y nos presenten una obra completa del *De finibus*. No abundan demasiado las ediciones escolares.

¹ CICERONE, *De finibus bonorum et malorum* a cura de N. Marinone, La Nuova Italia, Firenze, 1958, pp. XXVIII-330.

3.—Biografías de Cicerón

Cicerón ha sido uno de los hombres más afortunados por el número y calidad de biógrafos y monografistas que se han ocupado de su persona y de su obra. Desde Plutarco y Nepote hasta los historiadores modernos, los escritores ciceronianos se han venido sucediendo en teoría ininterrumpida. Limitándonos sólo a los más destacados de nuestra época, forzoso es recordar a Boissier ², Peterson ³, Plasberg ⁴, Ciaceri ⁵, Laurand ⁶, Eulenberg ⁷, Warde Fowler ⁸, Sprey ⁹, Gelzer-Kroll-Bücheler ¹⁰, Haskell ¹¹, Schanz-Hosius ¹², Maffii ¹³, Magariños ¹⁴ y Guillén ¹⁵, por citar algunos de los escritores españoles. Anterior a todos ellos es Surigar W. H. D., que en su obra «*M. Tullii Ciceronis commentarii rerum suarum*» (Leiden, Brill 1854) nos ha trazado una interesante autobiografía del Orador Romano con fragmen-

² G. BOISSIER, *Cicéron et ses amis*, Paris, Hachette (Múltiples ediciones desde 1865 hasta la fecha. Estudia el ambiente social de Roma en tiempo de Cic. y Ces.).

³ T. PETERSON, *Cicero. A biography*. Berkeley Univ. Press, 1920. (Es una de las biografías mejores de Cic.).

⁴ O. PLASBERG, *Cicero in seinen Werken und Briefen*, Leipzig, Dieterich, 1926 (Estudia a Cic. como simple ciudadano y como escritor).

⁵ E. CIACERI, *Cicerone e i suoi tempi*, 2 vols., Milano, Soc. Ed. Dante Alighieri, 1926-1930 (Obra de alta vulgarización y de rehabilitación de Cic.).

⁶ L. LAURAND, *Cicéron, vie et oeuvre*, Paris, Les Belles Lettres, 1933 (2.ª ed., 1935); volumen complementario en 1934 (Estudia a Cic. en sus principales aspectos: vida, obras, cultura, fortuna, oratoria, filosofía, lengua, estilo, etc.).

⁷ H. EULENBERG, *Cicéron*, Paris, Payot 1935 (Buen estudio, sereno y objetivo, traducido del alemán).

⁸ W. WARDE FOWLER, *Social life at Rome in the age of Cicero*, London, Macmillan, 1937 (Excelente obra con varias reimpresiones desde 1908. Hay traducción francesa, Paris, Payot, 1917).

⁹ K. SPREY, *M. Tullius Cicero*, Amsterdam, Van Kampen, 1938 (Buen estudio psicológico de Cic. hecho por un especialista).

¹⁰ M. GELZER, W. KROLL, K. BÜCHELER, *M. Tullius Cicero*, art. en «*Real-Encyclopädie*, VII A 1 (1939) col. 827-1274.

¹¹ H. J. HASKELL, *This was Cicero: modern politics in a Roma toga*, New-York, Knopf, 1943 (Obra maestra sobre la carrera política de Cic.).

¹² SCHANZ-HOSIUS, *Cicero*, en «*Geschichte der römischen Literatur*», München (Obra fundamental para el conocimiento de los autores latinos, con varias ediciones; forma parte del «*Handbuch Otto-Müller*»).

¹³ M. MAFFII, *Cicerone e il suo dramma politico*, Milano, A. Martello, 1957 (Obra interesante, con abundantes ilustraciones y varias ediciones. La última es ésta de 1957).

¹⁴ A. MAGARIÑOS, *Cicerón* (Clásicos Labor, XV), Edit. Labor, Barcelona, 1951.

¹⁵ J. GUILLEN, *Cicerón: Su época, su vida y su obra*, Madrid, Escelicer, 1950.

tos entresacados de sus obras; y en ella se han apoyado, con más o menos habilidad, casi todos los biógrafos posteriores.

Por compañerismo y por el hecho de ser una de las pocas aportaciones españolas de nuestra generación al estudio directo de Cicerón y su obra, quiero insistir en el valor del «*Cicerón*» de nuestro colega y colaborador D. José Guillén. No voy a hacer la reseña del libro que ya salió, a su tiempo, en esta misma revista, I (1950) 614; pero sí que me interesa hacer constar que en las reseñas aparecidas en varias otras revistas ha merecido, en general, no escasos elogios. Tengo a la vista la crítica que le hizo en «*Revue des Etudes Latines*», 29 (1951) 390, el conocido profesor H. Bardon. En ella dice, entre otras cosas, que se trata de un libro de vulgarización escolar que, en conjunto, responde muy bien a su propósito. En veinte capítulos recorre la vida y escritos de su biografiado, enmarcándolo discretamente en el ambiente histórico e institucional que en cada momento le corresponde. De las obras se destaca con sobriedad y precisión su argumento y su desarrollo. Notas abundantes al pie de página vienen a confirmar la exposición del libro con citas del propio Cicerón o referencias a bibliografía moderna sobre cada tema. Es una obra, sigue diciendo Bardon, aunque no de gran envergadura, sí de gran utilidad. Los estudiantes tienen en ella un guía para conocer a Cicerón, sus obras y su época. Más aún, reconoce el crítico que en Francia, donde la literatura ciceroniana es tan copiosa, no hay ninguna obra que se parezca a esta de Guillén, y por eso cree él que sería un acierto su traducción o adaptación al francés.

Después de este juicio tan autorizado sobra ya toda recomendación. Buena manera de celebrar el bimilenario de Cicerón sería dar a conocer a los alumnos más adelantados de Bachillerato, y más aún a los de Centros Universitarios, la carrera civil, política y literaria de Cicerón, junto con el contenido de sus obras. Para ello, no hay duda, que el libro de Guillén podría resultar un excelente auxiliar y un guía muy adecuado.

4.—La ironía y el humor en Cicerón

Tal es el título de la tesis del joven profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Burdeos, Augusto Haury¹⁷, aparecida en 1955. Es una tesis altamente elogiosa, tanto por el tema como por su desarrollo. Por eso justamente ha sido coronada por la Academia francesa y galardonada con el premio Bordin 1956. Realmente se necesita una fina sensibilidad estética y un dominio a fondo de Cicerón, estudiado a lo largo de su copiosa producción literaria, para acometer y llevar a cabo con probabilidades de

¹⁷ A. HAURY, *L'Ironie et l'humour chez Cicéron*, Leiden, E. J. Brill, 1955, 328 pp. 24 x 16.

éxito, como lo ha sabido hacer Haury, un tema tan delicado y vaporoso, como es el de la ironía y del humor, cuya sola noción se resiste a una definición segura y a una esquematización de modalidades. A pesar de ello el A. ha sabido presentarnos una obra de gran rigor científico y de innegable novedad.

A decir verdad, no es que Haury haya sido el primero en tratar este difícil tema. Ya en 1925 A. Oltramare ¹⁸, en su tesis sobre los orígenes de la diatriba romana se ocupa de él y concretamente dedica al humor de Cicerón varias de sus páginas. Posteriormente H. V. Canter ¹⁹, ha estudiado la ironía en los discursos de Cicerón. Pero ninguno de ellos aborda por entero el tema, en su doble aspecto de Cicerón humorista e irónico. En su conjunto es, pues, completamente nuevo el estudio de Haury.

En cuanto al desarrollo del mismo, el A. se revela ya un consumado maestro por la abundancia de doctrina, el orden en la exposición y la madurez de sus juicios. Parte del concepto de ironía en la antigua literatura griega, desde Sócrates, pasando por Aristófanes y Aristóteles, hasta los rétores de época posterior. Entra luego en la literatura latina y, centrandó su estudio en Cicerón, investiga la teoría y la práctica de este recurso y modo de expresión, que Cicerón llama *dissimulatio*. Labor ardua, la que se refleja en ese recorrido detallado que hace el Autor de cada uno de los escritos del Orador Romano, para ir señalando en cada uno de ellos y en formas muy distintas, según el género de que se trate, el uso de este recurso estilístico, envuelto de ordinario en el pliegue de una prosa espontánea y sin artificio amanerado. Conforme el Autor avanza en su análisis se le va marcando con más claridad el campo de separación entre humor e ironía. La distinción es relativamente moderna. La misma palabra «humor» es de contextura y de sabor británico. Sobre dicha palabra y su contenido se han hecho famosas las obras de L. Cazamian. Haury los conoce y los utiliza discretamente. Esto le permite frecuentes derivaciones a la literatura de los diferentes pueblos europeos, que dan un aire de modernidad a la obra, a la vez que se delimitan mejor en Cicerón las zonas, al parecer coincidentes, entre *ironía* y *humor*. Estudia la densidad de estas zonas a lo largo de la vida de su protagonista, distinguiendo en ella varias fases, según la época y la situación política del momento. Cada período de su vida produce en su alma una situación diversa. Su alma, a manera de receptor sumamente sensible, acusa en sus vibraciones el momento de que se trata. Eco de estas vibraciones son sus escritos, sobre todo sus cartas familiares, verdadero autoretrato de su alma. Por eso, en las cartas es donde se refleja mejor el humor y la ironía de Cicerón, y, apoyados en ellas, podemos penetrar fácilmente en su espíritu

¹⁸ A. OLTRAMARE, *Les origines de la diatribe romaine*, thèse Genève, 1925, Impr. Jent, Genève.

¹⁹ H. CANTER, *Irony in the orations of Cicero*, «The American Journal of Philology», LXII, 1936.

y valorarlo. Esto es lo que hace Haury en el último capítulo de su importante obra, después de habernos hablado en los capítulos anteriores de la función social y cultural del humor y de la ironía, que él reduce fundamentalmente a estos tres: *docere, delectare, movere*.

La conclusión que saca el Autor de su profundo y detallado análisis es altamente elogiosa para Cicerón. El fácil y como connatural manejo que Cicerón hace de la ironía y del humor, es prueba de la preeminencia y de la superioridad psicológica y estética de este gran escritor latino.

5 — *Cursillo de verano dedicado a Cicerón*

En la Universidad Pontificia de Salamanca se reunieron, como en años anteriores, del 5 al 25 de agosto, un grupo numeroso de profesores de Seminarios y centros religiosos de estudio y otro de profesoras y graduadas de los colegios femeninos (en total 115 cursillistas), para asistir al XI Curso de Humanidades Clásicas y de Lengua y Literatura Española.

Este año el tema central del cursillo ha sido Cicerón, estudiado en muchos de los aspectos de su rica personalidad. La lista de profesores y el temario del programa desarrollado prueban por sí solos la importancia de la labor realizada en homenaje a Cicerón en su bimilenario. Alma y director del cursillo ha sido don José Guillén, quien, gracias a su entusiasmo e infatigable dinamismo, logra reunir cada año en Salamanca, en la época menos propicia tal vez, un buen equipo de especialistas que orienten y estimulen a los animosos cursillistas. En el cursillo de este año han actuado concretamente los siguientes profesores:

SECCION GRIEGA: «*Cicerón en Grecia*».

A. FONTAN, Lo que Cicerón debe a los griegos — La «*pietas*» y la «*fides*» en Cicerón.

J. MONTALVILLO, Cicerón y los filósofos griegos — Cicerón visto por Plutarco.

A. ALVAREZ, O. F. M., Cicerón y Demóstenes — El mundo griego visto por Cicerón.

J. GUILLEN, Cicerón y los neoáticos — La oratoria griega vista por Cicerón.

S. MARINER BIGORRA, Influjos griegos en la lengua y en el estilo de Cicerón.

SECCION LATINA: «*Cicerón en Roma*».

E. HERNANDEZ-VISTA, Cicerón poeta y artista de la palabra — Psicología de Cicerón.

J. PEREZ DE URBEL, Cicerón y Salustio.

R. FERNANDEZ POUSA, Cicerón y su influencia — Cicerón y la agricultura.

J. GUILLEN, Cicerón y la guerra entre César y Pompeyo — Las «Catilina-rias» a la luz del derecho romano.

SECCION ESPAÑOLA: «Cicerón en España».

M.^a DOLORES DE ASIS, Cicerón en el humanismo español — Cicerón en Nebrija y en el «Brocense».

L. MORALES OLIVER, Fray Luis de León y su prosa contrastada con la de Cicerón.

L. LOPEZ SANTOS, Fray Luis de Granada y su gusto ciceroniano.

E. SANCHEZ, A. C. J., La «humanitas» ciceroniana en nuestros humanistas — Códices de Cicerón en España.

J. GUILLEN, Traductores de Cicerón en lenguas españolas — Lo que pensaba Cicerón de España — Lo que se piensa en España de Cicerón.

Además, D. José Guillén, director del Cursillo, expuso en la oración inaugural, los medios indirectos para el conocimiento de Cicerón, y en el discurso de clausura comentó los motivos y circunstancias de su muerte. A petición de los señores cursillistas, hizo también una amplia introducción, en cuatro conferencias, al tratado *De Republica*.

En definitiva, que el bimilenario de Cicerón no ha pasado estéril. Ha tenido un eco, y bien sonoro por cierto, en el programa y la realización del cursillo de verano organizado por la Universidad Pontificia de Salamanca.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.